

## LOS PRIMEROS FILIBUSTEROS



MIGUEL EL BASCO

Cuando al finalizar el siglo XVI, cansadas Francia y España de las desastrosas guerras que venían sosteniendo celebraron el tratado de paz de Vervins, dejaron desgraciadamente incompleta su obra; un artículo secreto introducía restricciones á esa paz, estableciendo ciertas líneas geográficas que se llamaron del *mercado de las amistades*, pasadas las cuales líneas no habría paz entre los súbditos de ambas naciones; del trópico de Cáncer hácia el Sur y del meridiano de las Azores hácia el Oeste, los buques franceses y españoles podrían perseguirse, combatirse y capturarse mutuamente, quedando tales presas de antemano reconocidas como legítimas y de buena guerra.

Los ministros de Enrique IV comunicaron verbalmente esta cláusula á los comerciantes de los puertos. Asociáronse entonces los armadores del Havre, Dieppe y Saint-Maló para emprender largos viajes con buques armados en corso, repletos de contrabando, y pertrechados como para la guerra. El éxito de sus expediciones les invitó á perfeccionar el sistema, y de mercaderes pasaron á corsarios y de corsarios á piratas, dando origen á una asociación que se hizo célebre en el siglo XVII bajo la denominación de *Hermanos de la Costa*.

«Las hazañas fabulosas, los milagros de heroísmo, (dice el novelista francés Emmanuel Gonzalez) de este puñado de aventureros calumniados seguramente por los escritores de aquel tiempo, pueden explicar lo grande de aquella lucha extraordinaria entre los salvajes piratas y la España que se vió amenazada por ellos en el corazón de sus posesiones, Los caracteres más maravillosos tuvieron ocasión de desa-

rrollarse en el pintoresco cuadro que presentaron las extrañas costumbres adoptadas por los aventureros».

»La historia refiere hechos que ningun novelista intentaría apropiarse por no tocar el campo de la inverosimilitud.

Mientras los españoles conquistadores de las Indias buscaban riquezas en el continente americano, dejando en el olvido las Antillas; mientras estas se despoblaban por falta de comercio, y la Isla Española ó de Santo Domingo veía abandonadas por sus habitantes ciudades como Salvatierra, Sabana, Yaquimo, San Juan de la Muguana, Bonaó, Buenaventura, Larez, Guahaba y Puerto Real, y á los negros esclavos reunirse, armarse, fortificarse y hacerse temibles, en el más antiguo establecimiento español de aquellos mares, llegaban á estos dos buques, uno francés, mandado por el capitán Normando Enambuc, y otro inglés al mando de Tomás Warner, abordando ambos en la misma fecha (año 1625) á la isla de San Cristóbal, que, aunque de derecho española, estaba solo habitada por los caribes, sus pobladores naturales. Ingleses y franceses se apoderaron de la isla luchando con los caribes y repartiéndose la conquista que conservaron hasta que en 1630 los expulsaron los españoles: expulsión que solo sirvió para que los aventureros se refugiasen en la isla Española, donde se encontraron perfectamente entre los numerosos toros y puercos semisalvajes que por ella vagaban y á cuya caza se dedicaron; y del nombre *Bucan* con que se designaban sus estancias destinadas á acecinar y almacenar la carne de reses, se llamaron *Bucaneros* estos extraños habitantes, de origen normando en su mayor parte. Concertáronse con los holandeses recién establecidos en el Brasil para que estos les proveyesen de los géneros necesarios á cambio de las pieles que los bucaneros les entregarían. Poco después, muchos de estos bucaneros, más aficionados á la caza de mar que á la de tierra, se dedicaron al oficio de piratas, saqueando cuantas embarcaciones podían en aquellas costas. Hacia 1636 una tropa de aventureros franceses é ingleses se apoderó del islote de la Tortuga, separado de la Española por un canal de dos leguas de anchura, islote cuya extensión aproximada será de ocho leguas de largo por dos de ancho, de costa inaccesible por el lado del Norte, y con un solo puerto en el del Sur, con buen fondeadero y facilmente defendible.

Fraternizaron estos nuevos piratas con los vecinos de la Española, y estableciendo su cuartel general en la Tortuga, dieron principio á

sus hazañas bajo el nombre de *Filibusteros* ó *Freebootiers*, del inglés *Freebootier*:*Franco-botínero*:*pirata*.

La posesión de aquel pequeño territorio donde se producían casi todos los frutos comunes á las Antillas, sirvió grandemente para facilitar las operaciones de los terribles aventureros que desde allí extendían sus audaces correrías á las otra islas, visitaban las costas del continente, apresaban navíos, tomaban por asalto plazas fuertes, saqueaban, incendiaban y desolaban pueblos, haciendas, bosques y plantaciones, sin que nadie ni nada resistiese á su feroz y formidable empuje.

Algunos se establecieron en la Tortuga y costas de la Española como plantadores, cultivando el tabaco y la caña de azúcar. Visitabanlos con alguna frecuencia barcos franceses, que les traían criados, que se *enganchaban* por tres años, y soportaban el peso de la más dura servidumbre. Así se formó aquella extraña sociedad compuesta de cuatro clases; bucaneros, filibusteros, habitantes ó plantadores y enganchados, comprendidas todas en la de *Hermanos de la costa*.

Nada más interesante y curioso que la historia de estas gentes cuya peregrina existencia, asombrosos hechos y raras vicisitudes ocuparon en casi su totalidad el siglo XVII.

No es de este lugar el referir en sus pormenores y detalles esa historia á la que Ales. Oexmelin consagró cuatro volúmenes publicados en Trevoux hácia el año 1744; y sobre la que escribieron también James Burney (Londres 1816) y el alemán J. W. Archeuholz, cuya obra fué traducida al francés por Bourgoing y publicada en Paris en 1804.

Mencionan estas historias los nombres más célebres entre los de aquellos aventureros, en cuyo número se contaron gentiles-hombres franceses, como Gramont y Montbars. Pero la mayor parte de esos nombres son *nombres de guerra*, adoptados por los que los llevaban al emprender su nueva azarosa carrera, ó bien al recibir como marineros el *Bautismo de la Línea* cuando pasando el ecuador entraban de lleno en el campo de sus aventuras.

Se sabe la nacionalidad de muchos de ellos, tales como Pedro Le-grand, de Dieppe; Luis Scot, Mansfield, ingleses; Juan David, holandés; Morgant, galés; Bartolomé, portugués; Pedro Franc, de Dunquerque; Moisés Vaudin, de Picardía; Nau el Olonés y MIGUEL EL BASCO.

Estos dos últimos fueron compañeros de armas y fatigas. Del pri-

mero se dice que era natural de Sables de Olone, mas en cuanto al segundo solo puede inducirse su oriundez por su sobrenombre de *el Basco*, sin que podamos precisar el lugar de su nacimiento. Nos inclinamos á creer fuese basco-francés, por la circunstancia de que entre los aventureros de que venimos hablando, apenas se encuentra el nombre de ningun español, y porque las empresas en que todos ellos tomaban parte se dirigían principalmente contra buques españoles: saqueaban haciendas españolas, y en suma, todos sus actos de piratería redundaban generalmen en perjuicio de España; bien es verdad que estando entonces esta nación en posesión de las mayores riquezas del Nuevo Continente, las presas preferidas habían de ser forzosamente las pertenecientes á España y los españoles. Así, no atacaban nuncaá buques que se dirigieran desde España á América, sino á los que regresaban de América á España cargados de oro y plata, pedrería y objetos de gran valor. Justificaban sus actos diciendo que España les prohibía el ejercicio de la caza y la pesca, que ellos consideraban de derecho natural, por lo que se oponían con todas sus fuerzas al predominio en aquellos mares del pabellón español. Hechos fueron estos, que otras naciones supieron explotar en provecho propio, fundando allí estancias y colonias que, bien atendidas, mejoradas y engrandecidas han conservado bajo su dominio hasta la época actual.

Verdaderamente admirable es el drama histórico desarrollado por aquellos hombres que, (como afirma C. Cantú) «si hubiesen obrado de acuerdo y con un fin mejor, habrían podido cambiar la faz de América»: y que, «excitaron la admiración genral por sus prodigios de valor y por sus grandes infortunios».

Hemos dicho que dos de los más célebres jefes de aquellos filibusteros, fueron el Basco y el Olonés. La sola relación de algunos hechos realizados por estos fieros caudillos puede dar una idea de los muchos que llevaron cabo sus antecesores y sucesores en el caudillaje de aquella tropa que jamás daba cuartel ni lo recibía.

Había el Olonés abandonado su patria en 1650 y servido á bordo de un buque filibustero, donde se señaló por su bravura y su valor: diéronle luego el mando de un pequeño barco con el que atacó y apresó numerosas embarcaciones realizando un inmenso botín. Hizose dueño de una fragata enviada contra él por el Gobernador de la Habana con orden de ahorcar á todos los tripulantes filibusteros menos á su capitán. Vencidos y maniatados los setenta soldados de la fragata

los fusiló á todos menos uno, al que entregó este lacónico mensaje para el gobernador: «He hecho con los tuyos lo que querias hacer con nosotros».

De vuelta de esta expedición en el islote de la Tortuga, se asoció con Miguel el Basco, hacia el año de 1666. Reunieron entre ambos seis bajeles con cuatrocientos hombres de tripulación, y recorrieron el mar de las Antillas apresando gran número de buques mercantes. Decidieron despues realizar una expedición contra Maracaibo; el Olnés debía ejercer el mando á bordo, y el Basco las operaciones de tierra.

Al doblar la punta oriental de Santo Domingo encontraron dos buques españoles, uno de ellos de diez y seis cañones, tripulado por ciento veinte hombres y cargado de municiones de guerra. Los atacaron y apresaron, recogiendo un botin de ciento ochenta mil libras.

Llegados al lago de Maracaibo, tomaron la fortaleza que cerraba su entrada, defendida por doscientos cincuenta soldados y catorce piezas de artillería. Huyeron casi todos los habitantes, no sin dejar el suelo inundado de agua y cubierto de obstáculos que impidiesen avanzar á los asaltantes, los cuales hubieron de penetrar por una estrecha calzada defendida por veinte cañones. Arrostrando el fuego enemigo se precipitaron sobre los defensores, obligándoles á rendirse. Despues de esta expedición, los filibusteros repartieron un botín de trescientos sesenta mil escudos, y mas de un millón en objetos robados á las iglesias.

Se atribuye á Miguel el Basco el acto temerario de atacar á un buque llamado *La Margarita* bajo las baterías de Portobello, y apoderarse de él y de un millón de pesos que conducia.

El ya citado novelista francés Gonzalez, hizo de este Miguel uno de los protagonistas de su interesante y dramática novela *Los hermanos delaCosta*.

En la historia como en la novela, en la realidad como en la fábula, su personalidad pasó como una sombra, como un fantasma, entre los múltiples y variados acontecimientos de aquella época, las incesantes peripecias de aquella lucha y la extraña homogeneidad de caracteres que entónces ofrecieron gentes llegadas de diversos países, para juntarse en tan terrible y siniestra cruzada, quizá inspirada en el ejemplo dado por naciones que, como Inglaterra, habían buscado sus mejores almirantes entre los más audaces piratas.

Algunos como le Vasseur, ejercieron imperio y se titularon príncipes: otros como Morgan enriquecidos con el fruto de sus rapiñas, se retiraron á vivir en seguro rodeados de todo género de comodidades: otros por fin como el Olonés perecieron desastrosamente, ó fueron víctimas de extraordinarios sucesos como el bravo escocés Alejandro Selkirk abandonado por sus compañeros en una isla desierta donde vivió cuatro años, sirviendo de tipo real é histórico al celebrado *Robinson* de Foë.

Mezcla de ferocidad y de nobleza, de generosidad y de codicia, de superstición y descreimiento; fieles en sus pactos, leales en la amistad, ciegos en el combate, temerarios más que valientes, fuertes, duros de cuerpo y de alma, sufridos en la adversidad y despreciadores del peligro, aquellos hombres parecían forjados *ad hoc*, para servir de dique al poderío de España, como lo fueron los conquistadores de América para servir de base, fundamento y sostén á ese mismo poderío.

El novelista hace morir trágicamente á Miguel el Basco en un terremoto ocurrido en la isla Española. El historiador nada dice de su fin, como nada cuenta de su origen y de sus principios.

Sólo su nombre de guerra ha permanecido como compendio de su historia, y como recuerdo de uno de los más célebres y temibles jefes de aquellos aventureros.

EDUARDO DE VELASCO.

